



ARTE · HISTORIA
FILOSOFÍA Y LITERATURA
EN RELACION CON LA MEDICINA

MÁS SOBRE LOS: "MEDICOS DEL AGUA"

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA
Garrovillas (Cáceres).

Un trabajo del doctor ARRIAGA, publicado en *Hispalis Médica*, titulado «Personalidades médicas sevillanas en el siglo XVIII», cita al doctor ORTIZ BARROSO, aprestigioso y veterano miembro de la Regia Sociedad, autor del libro *Uso y abuso del agua*, que tanta celebridad alcanzó con motivo del pleito famoso de la cura por el agua, suscitado por la escandalosa fama de VICENTE PÉREZ—el médico del agua—, cuyas andanzas parecen un capítulo de una novela picaresca».

En MEDICAMENTA, número 227, el doctor RICO AVELLO pone sobre el tapete otra vez las andanzas de dicho PÉREZ, «el médico del agua», y ello nos mueve a hilvanar estas notas relacionadas con el auge que tal tratamiento de hidroterapia universal alcanzó en su época. La credulidad humana, siempre fácil a la sugestión, no se limita al vulgo de las pulseras antirreumáticas o del hongo panacea. Una idea terapéutica, por descabellada que sea, tiene siempre a su favor la turbamulta de médicos propicios a trocar su escasa formación científica por un afán de milagrería fácil y provechosa, que ¿cómo no?, puede corroborarse en aforismos y autores graves, para señuelo de incautos; ellos mismos, los más incautos, si se trata de personas que obran de buena fe.

Pues bien: del tal VICENTE PÉREZ hemos podido extraer algunos datos y citas en el curiosísimo folleto *Memoria histórico-médica sobre la enfermedad conocida con el nombre de cólera morbo, escrita por el lic. D. Pedro Vázquez, profesor de Medicina en esta ciudad*. Y está impreso en Sevilla, en la imprenta de don Mariano Caro, en el año 1834.

Como veremos, este don PEDRO VÁZQUEZ era uno de los convencidos por las teorías del PÉREZ, al que sigue exactamente en ocasiones, y levantó enorme revuelo con su personal actuación.

A modo de historia amena, extraeremos de dicho folleto sus párrafos más curiosos e interesantes. No figura don PEDRO VÁZQUEZ citado en el trabajo del doctor AVELLO, y creemos interesante dar a conocer a través de su obra algún rasgo de su curiosa personalidad.

Don PEDRO VÁZQUEZ se enfrenta con la grave epidemia cólerica de Sevilla, y al observar a la ciudad «llena de terror, de angustia y del más lamentable desconsuelo», siente «aquel zelo que me transformó en otro hombre... para aliviar los males de este vecindario con mis consejos, mis obras y mis remedios».

Su actividad debió suscitarle enconadas críticas y enemistades. Y por eso publica este folleto de justificación, como ampliación de su *Método curativo del cólera morbo*, aparecido en Sevilla en 1833.

Y lo encabeza con un versículo del salmo *Judicame Deus*, que parafrasea así: «Juzgadme, Dios mío, y, a pesar de cuanto se publica para denigrarme, haced que conozca todo el mundo mi inocencia.»

Don PEDRO había abandonado el ejercicio de la Medicina y se dedicaba al «ejercicio de platero», y

nos dice: «En mi casa había curado gentes que venían a buscarme en ella, y principalmente tercianarios en el pasado año de 1831, que hubo una grande epidemia de ellas; y en la época de la invasión de los franceses saqué en limpio la doctrina de mi amado maestro don SEVERO LÓPEZ, que escribí en el Hospital General de Madrid, donde viví de asiento..., asistiendo a las clases, a las curaciones y anatomías y haciendo cosas tan atrevidas y de estómago tan robusto como las que hice en..., que no refiero, temeroso de conmovier estómagos delicados.»

Sabemos, pues, que era médico, y así quiere dejarlo patente: «Digo esto, porque algunos médicos decían que yo era un curandero, impostor, etc.»

Estaba lejana la época en que KOCH descubrió el germen causal del cólera morbo (1883). La Medicina oficial se perdía en una terapéutica consonante con las doctrinas miasmáticas o humorales en boga. Y, esto es lo interesante, VÁZQUEZ se rebela contra esta Medicina oficial, edifica su propia teoría y da peculiar originalidad al método del agua, que toma de PÉREZ, y al que se abraza entusiásticamente. Rehuye el dogmatismo vigente y edifica y trata de imponer su propio dogma. Hoy podemos sonreír, compasivos, ante aquel estado de conocimiento, superado por la era bacteriológica; es la reacción natural cuando se enjuicia retrospectivamente fuera de tiempo y lugar. La misma con que seremos juzgados nosotros cuando nuevas rutas abiertas hagan desaparecer a las actuales y nuestra medicación antibiótica se haya hecho inoperante por habituación de organismos y gérmenes a su acción.

«Cuando las gacetas empezaron a referir las víctimas que sacrificaba el cólera morbo asiático en los reinos extranjeros, me llamó la atención lo poco que los médicos alcanzaban, y, de consiguiente, infería que los médicos no habían conocido la enfermedad.»

Busca apoyo en BOHERHAVE: *Cholera vero violenta sursum deorsumque expulsio ex ventriculo et intestinis*. Y deduce que no se puede curar sin desalojar la causa del estómago e intestinos.

El más suave vomitivo ha de componerse de aceite y agua tibia, en lo que se afirma al conocer el procedimiento del doctor VÉLEZ, que da el aceite como primer socorro. VÉLEZ no debió asistir cólericos en Gibraleón; de haberlos asistido, «los hubiera curado con más tino que el que han tenido un sinnúmero de profesores», porque «habiendo visto los efectos del aceite, tanto en vómitos como en diarreas, y la sed uriente de los enfermos, no les hubiera aplicado los estimulantes que indica, sino mucha agua, como yo he usado, y los tónicos nutritivos, como vino selecto, caldos de carne, etc.; y si el doctor VÉLEZ hubiera visto que se le desgraciaba un enfermo, y otro, y otro, hubiera abierto los ojos y conocido que los sinapismos, cantáridas, etc., no tienen lugar... Doloroso es que la terca obstinación de mantener sistemas se halle sostenida a causa de tantas víctimas».

Al maestro, cuchillada,

Armado de estas armas, VÁZQUEZ cierra su platea, en la que había permanecido veintiséis años, y sale a la palestra a curar coléricos.

No se le desgracia, dice, ningún enfermo que le haya llamado desde un principio. Y aquí, para defenderse de sus impugnadores, nos muestra el pavoroso cuadro de lo que entonces se hacía con los pobres coléricos:

«... esos que han pretendido denigrar a su prójimo con chuladas que no vienen al caso..., pongan igualmente la lista de los coléricos que hayan curado con sustancia de pan, arroz, etc., y con esos estimulantes abrasadores y desolladores como cantáridas, sinapismos, baños de agua caliente, con mostaza en las piernas, pasándoles planchas calientes por las espaldas, negándoles el alimento cuando estaban transidos de hambre, prohibiéndoles el agua cuando clamaban por ella, porque se abrasaban internamente, aunque estaban yertos por la periferia..., desollándoles las piernas con aguardientes alcanforados, cubriéndoles con enorme peso de cobertores y mantas, haciéndoles sudar diez y más días hasta extenuarlos, sin permitirles salir fuera de la cama para evacuar el vientre; resultando de aquí que sólo el hedor era suficiente para quitar la vida, no digo al enfermo, sino a todos los asistentes...»

¿A qué seguir? El enfermo quedaba sometido a un verdadero suplicio chino, capaz de reivindicar para sí los daños que de habersele conocido se achacarían al vibrion colérico. ¿Cómo no morir de mano de médico si se cumplían tantas consignas? Desafía a sus colegas a practicar cada uno su método con número igual de enfermos. No es jactancia: *Factus sum insipiens, vos me coegisti*, dice con San Pablo.

Expone sus curiosas opiniones sobre la enfermedad. «No es contagiosa.» En muchas casas sólo se ha dado un caso, y donde lo han pasado todos, se debe a que «si moría el acometido del cólera, la mujer y los hijos se contristaban...; la debilidad los hacía caer enfermos..., y como eran tratados por el mismo método, morían todos casi a un tiempo...» «Los muchachos murieron muy pocos, porque como no sienten, no dejaban de comer y dormir.» La cosa tiene un puro sabor psicósomático, sin duda.

No sólo el tratamiento contribuía a despenar a los enfermos. También influía la actitud del médico: «... se acercaban (los parientes) al enfermo con precauciones desconsoladoras aprendidas del médico coharde que entraba con un puro en la boca, lleno de miedo..., y alargaba el brazo vuelta la cara, y sin mirar al enfermo salía desatinado a lavarse...» «El pobre paciente que observaba esta comedia se empeoraba, y si estaba algo agravado, salía el médico, diciendo: "No tiene remedio; el santo óleo", y en voz alta que los enfermos lo oían y entraba la confusión y la muerte.»

Pasemos por alto la larga serie de consideraciones que hace sobre la evolución y asiento de la enfermedad. Solamente alguna de sus curiosas observaciones:

«Muy pocos borrachos fueron atacados de muerte.»

«La filosofía de la cama de los enfermos no está escrita; ninguno se cura con lo que traen los libros si al médico le faltan el tino y el acierto.»

Cita el aforismo hipocrático: *Omnia secundum rationem*... «Disculpa (de) los médicos vulgares para golpear sobre un remedio... dañoso..., y si con la continuación de lo que aplican muere el enfermo, se abroquelan y disculpan con el aforismo dicho.»

«No se anticipó VÁZQUEZ con ello a lo de «arte de acompañar al sepulcro con palabras griegas» con

que Jardiel Poncela definiría humorísticamente la Medicina?

Y entra ya en la exposición de su método, cantando primero las excelencias del aceite con opiniones de LAGUNA, SUÁREZ y otros. Canta las virtudes del agua con palabras de ORTIZ BARROSO, de VÁZQUEZ CORTÉS, y, sobre todo, de VICENTE PÉREZ. El agua es «purgante, temperante, diluyente, dulcificante, nutriente, estomáquica, sudorífica, diurética y cordial; ella comprime, ella laxa, ella nutre, ella recrea...»

Del mismo PÉREZ: «Pensaré alguno... que estoy de mala fe con el vino... No es así, porque el vino... alienta, corrobora... Con el vino he logrado efectos maravillosos que no se logran con otros medicamentos...»

VÁZQUEZ aplicaba su método individualizando en cada caso. Para dar una idea, he aquí un proceder.

Si el enfermo estaba muy desfallecido, «lo corroboraba con vino y buenos caldos, y después le administraba el aceite y le limpiaba el canal intestinal de vómitos y despenos..., que no se deben atajar..., pues hasta que no haya ninguna bilis degenerada en dicho canal, no cesan, y se debe ayudar a la naturaleza...»

Ordena caldos cada dos horas y vino y mucosa agua fría en los intermedios. Cuando el vino y el agua provocaban el vómito, ya no administraba aceite. Y lo que demuestra que si el remedio era poco racional, en otras cosas procedía con gran sentido: es que mandaba lavar todo el cuerpo con agua caliente y jabón, vestirlos de limpio, cama limpia. Y así, sencillamente, con aceite y agua hasta provocar el vómito en abundancia, *larga manu*, persistentemente, más la alimentación y algún cuidado higiénico, es posible que el doctor VÁZQUEZ obtuviese, por abstención de terapéuticas agresivas, como hoy diríamos, mejores resultados que los médicos, empeñados en martirizar inconscientemente a los enfermos, como hemos visto por la pintura que VÁZQUEZ hace de los tratamientos al uso.

A continuación dirige un «apóstrofe a los señores de la Facultad», haciéndoles ver las ventajas de todo orden que se derivarían de su método empleado en el ejercicio profesional particular y hospitalario: la economía de boticas que traería aparejado. «Tres son los medios por los que la Naturaleza expelle los humores viciosos, a saber: sudor, cámaras e insensible transpiración, y a los tres conviene el agua... Sólo en la tropa y hospitales de Madrid se puede ahorrar un tesoro usando de este método felicísimo...»

Y termina su folleto, tras una protesta de su lealtad y veracidad, con una lista dividida en tres grupos:

«Curados desde un principio por mí.»

«Curados desahuciados por los médicos.»

«Curados hartos de padecer y en peligro de perder la vida.»

Y unas finales y curiosas advertencias:

«Leche de burra sólo se mandaba a los tísicos para que se murieran más pronto, dicen autores clásicos.»

«Me preguntarán muchos: ¿Y por qué los médicos no siguen a usted? Porque no gasto peladura a lo Tito, a lo Choqué, pantalón mameluco, gran bota erujidera y esas zarandajas...» Y termina exponiendo algún caso curado y recomendando que «el que quiera estar sano use del poquito aguardiente en ayunas y mucha agua..., y déjese de té, café, licores, leche, sangrías, sanguijuelas y baños...; y si algún facultativo quiere verme curar, no me excusaré en servirlo si me ocupa...»